

nes esforzados trataron de penetrar en las montañas de los pijaos, pero sin obtener ventaja ninguna.

En otra ocasión veremos cómo concluyeron las guerras con los pijaos.

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

(Continúa)

Sobre enseñanza de Historia

El señor Ministro de Instrucción Pública dictó una consoladora resolución sobre opción de cátedras, entre ellas la de historia universal. Sea pues, lo primero, dar los parabienes al joven ministro por esta especie de *licentia docendi* con que ha querido levantar el nivel del profesorado, haciendo que los altos puestos de la Universidad no sean una mera gracia, sino galardón al mérito y al amor á la enseñanza.

Alta responsabilidad se echa encima el profesor de historia universal, para cuyo cabal desempeño se necesitan grande ilustración y muy elevado criterio; y la dificultad en este desempeño sube de punto si se atiende á que esta cátedra, como asignatura de enseñanza secundaria y superior, es relativamente nueva. Apenas tuvo comienzos en el Colegio de Francia, instituido para marcar nuevos rumbos á las ciencias modernas y oponerse á los rutinarios métodos de la Sorbona. Pero con todo, en este brillante instituto, que tantos ilustres sabios ha producido, la cátedra de historia no estuvo exenta del apocado espíritu que á veces ha informado ese colegio.

Fue después del segundo Imperio cuando la asignatura de historia tomó grandes proporciones en Francia, que es el canal casi único por donde recibimos las ideas. Algunos jóvenes franceses habían viajado por Alemania, y sorprendidos de la enorme altura á que en ese país habían llega-

do los estudios históricos, se dieron á propagar estos conocimientos, y bajo el patrocinio de Duruy, Ministro de Instrucción Pública, la cátedra de historia alcanzó el esplendor que hoy tiene en la enseñanza superior y secundaria.

El estudio de la historia era antes estudio sagrado, esto es, estudio dedicado á los hijos de los reyes y á los hijos de los grandes personajes para amaestrarlos en el arte de gobernar á sus súbditos; y en la edad media no hacía parte de las siete artes que formaban toda la enseñanza de entonces, la gramática, la retórica, la dialéctica, la aritmética, la geometría, la astronomía y la música.

Si para ser profesor de filosofía se necesita tener profundo conocimiento de las otras ciencias, no es menos indispensable para el profesor de historia el conocimiento de ellas, sobre todo el de las ciencias auxiliares, la geografía, la etnografía, etc. Y en verdad que no es poco trazar á grandes pinceladas la marcha ascendente de la humanidad en el espacio y en el tiempo.

Utilidad de la Historia

Ya se considere la *historia general*, según cierta escuela filosófica, como un cuadro sintético de la ciega evolución que preside á los agregados sociales, ya sea, como lo creemos nosotros, que el estudio de la historia universal no es otra cosa que el estudio de las leyes de la Providencia sobre el hombre y las sociedades, considerado el hombre como unidad libre, siempre será de grandísima utilidad el estudio de la historia. *Speculum*, espejo, llamaba Cicerón á la historia, porque el inmortal orador juzgaba que en ella se reflejaban las épocas futuras. Como elemento de cultura social nada iguala al poder educador de la historia, y el filósofo y el jurista encuentran en ella una fuente de innumerables conclusiones. Debe, pues, ocupar esta asignatura puesto prominente entre las materias de enseñanza secundaria; pero es preciso señalarle nuevos rumbos á este curso tan descuidado entre nosotros.

Metodología histórica

Desde luego hay que plantear dos cuestiones: investigar si la historia se considera como ciencia ó como un mero arte literario, y una vez resuelto este punto, dilucidar si es posible una *metodología histórica*. La historia se consideraba en otros tiempos como un simple género literario, y acerca del estilo con que debía escribirse, se hablaba del estilo pomposo, llano, sencillo, y otras simplezas de esta naturaleza. Nadie, pues, pensó en elevarla á la categoría de ciencia, puesto que los hechos individuales ó colectivos no pueden constituir una ciencia, la cual sólo se ocupa de las últimas generalizaciones. Además, la ciencia no mira las cosas contingentes, y el rayo de luz que penetra por mi ventana no podría ser materia de la ciencia, si este fenómeno no se redujera á las leyes geométricas. Fue San Agustín el primero que en su portentosa obra *De civitate Dei* hizo de la historia una ciencia valiéndose de sus conclusiones para demostrar cómo obra Dios al través de los siglos y cómo es el centro á que convergen los humanos sucesos.

Es Alemania la que ha dado á la historia todos los caracteres que constituyen una ciencia, y Momsem y Curtius marcarán siempre un gran jalón en la marcha de las ciencias históricas. En verdad la historia dispone de métodos cronológicos y geográficos, y ayudada de la filología, la arqueología, la etnografía, la paleontología, deduce conclusiones verdaderas. Algunos han querido aun elevarla á la categoría de ciencia positiva, lo cual es un grandísimo error, porque las ciencias positivas se basan en la observación directa, y la ciencia histórica se apoya con la observación indirecta en cuanto examina los hechos al través de la mente de los historiadores. Es por esto más bien una ciencia-subjetiva, y entonces es imposible una *metodología histórica*.

¿Pero cuál es, en resumen, pues, el método histórico? El método crítico y el reconstructivo, la análisis y la síntesis.

En la enseñanza de la historia hay que formarse una idea clara de su razón de ser, de su influencia en la educación general y de los procedimientos técnicos necesarios para su enseñanza.

En tiempos anteriores era y aun hoy día es este el procedimiento: el maestro anota en un cuaderno la serie de hechos que va á enseñar á sus discípulos, y en seguida los lee delante de su auditorio. Esto constituye la *lección*, la parte principal de la enseñanza histórica.

Los discípulos escuchan escribiendo: esto se denomina *tomar notas*, y por último, poner en orden esas notas se llama la *redacción*. Pero sucede con muchísima frecuencia que los alumnos no se dan cuenta exacta de los hechos que han ido anotando, y la falta absoluta en el maestro, de discernimiento y de crítica, hace estéril el estudio de la historia. A este trabajo mecánico del maestro añadía un *sumario*, y lo hacía aprender de memoria á sus discípulos. Estos debían poseer, además, un *Resumen de historia*, de acuerdo con la enseñanza oral, para que les sirviera de instrumento ó derrotero. Este uso se ha adoptado en Alemania con el nombre de *Leitfaden*, hilo conductor, y en los países ingleses con el nombre de *text-book*.

Los autores de estos *resúmenes*, según el procedimiento tradicional, tratan de amontonar el mayor número de hechos encerrándolos en fórmulas tan vagas como sofisticas. Así lo hace, por ejemplo, Sánchez y Casado, quien á secas llama al Libertador el insurgente Bolívar. Esos libros elementales de historia se reducen, pues, á un conjunto inútil de nombres y fechas. La historia aparece en esos libros como una serie de guerras, de tratados, de reformas, de revoluciones que no difieren sino en el nombre de los diferentes pueblos, y lo mismo daría que se hubieran verificado en Atenas que en Roma.

Pero prosigamos la exposición del método que ha de adoptarse en la enseñanza de la historia: como todo he-

cho se verifica en algún punto del espacio, es claro que no puede haber estudio completo de la historia sin su primer necesario é indispensable auxiliar, la geografía. Por eso pasando de lo conocido á lo desconocido, el maestro hará un rápido repaso de geografía moderna, y en seguida dará las nociones de geografía antigua, indispensables para el esclarecimiento de los hechos pasados.

La enseñanza sobre la historia universal que se ha de dictar en la Escuela de Comercio no puede ser de ninguna manera como en Alemania, cíclica, esto es, que el maestro repite las mismas nociones, concentrándolas, en los diversos grados de los estudios. Tiene que ser, como sucede en nuestras universidades, un curso progresivo sobre el desenvolvimiento de la humanidad hasta la época moderna. El profesor ha de tratar á grandes cuadros de ese desenvolvimiento, fijándose de preferencia en los períodos esclarecidos con más luz. En tratándose de Roma, por ejemplo, se fijará en la fundación de Roma, en la lucha secular entre patricios y plebeyos hasta el triunfo definitivo de éstos, en el grande acontecimiento de las guerras púnicas, etc.

En cuanto al criterio con que se ha de estudiar y de enseñar la historia, debe ser el más dúctil de todos, un criterio en cierto modo ecléctico, porque es un grandísimo error juzgar los hechos pasados con el mismo rasero. Cornelio Nepote, de quien dice Momsem que á la caída de la República romana escribió un librito de historia para niños formales, observa en la dedicatoria de ella á Tito Pomponio Atico, que algunos juzgarán poco digna de la memoria de ilustres capitanes, que él recuerde quién enseñó la música á Epaminondas, el cual cantaba y tocaba la cítara á maravilla. Tal hecho no se avenía en realidad con la gravedad romana. Advierte también que en las costumbres romanas hay muchas cosas para ellos decorosas, que se considerarían detestables entre los griegos. Sin ir tan lejos como Taine, hay que tener en cuenta, en el estudio de cada pueblo, el clima, el medio, el momento, etc., para poder apreciar con exactitud

los hechos históricos. El pueblo judío, el pueblo heleno, el pueblo romano presentan caracteres tan opuestos, que sería grande error apreciarlos con el mismo criterio científico.

Ahora ya no se le piden á la historia tan sólo lecciones de moral ni de bellos ejemplos, ni escenas dramáticas y pintorescas. Buscamos en ella un encadenamiento de causas y efecto, más conforme con nuestros sentimientos de justicia. El valor de toda ciencia consiste en la certeza de sus deducciones, y á la historia no se le demanda sino la verdad, únicamente la verdad.

LUIS MARIA MORA



Toque de ánimas

Quando de noche lanzan las campanas
Sus dobles melancólicos é inciertos,
Llorar parecen por los seres muertos
Con dolorida compasión de hermanas.

Los sonos de las torres comarcanas
Forman así tristísimos conciertos,
Que hacen vibrar los corazones yertos
Con emociones, cual la tumba, arcanas.

Quando en medio á la sombra y al misterio
Piensa el hombre en la senda recorrida,
Es cada corazón un cementerio ;

Y cuanto mira en derredor le advierte
La comunión perpetua de la vida
Con el reino insondable de la muerte.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

Rosario Histórico